

January 1986

Introducción a una filosofía de la educación

Hno. Martin Carlos Morales F.

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Morales F., H. C. (1986). Introducción a una filosofía de la educación. Revista de la Universidad de La Salle, (12), 153-158.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Introducción a una filosofía de la educación

En la perspectiva del gran filósofo católico del siglo XX: Maurice Blondel.

HNO. MARTIN CARLOS MORALES F., F.S.C.*

Preámbulo

Muchas veces — ya fuera por parte de mis hermanos en religión, ya por parte de amigos que se interesan, a la vez, por la filosofía y la educación— había recibido voces de estímulo, para publicar lo que fue objeto de una investigación especial, con ocasión de mi Doctorado en Filosofía, y que bien pudiéramos llamar “estudios blondelianos”.

Maurice Blondel, acaso el mayor filósofo católico del siglo XX —al lado de Jacques Maritain y Etienne Gilson— es un autor poco menos que desconocido en nuestro mundo de habla hispana, y mucho más en nuestro medio latinoamericano; a pesar de la influencia, casi incalculable, que su pensamiento profundo ha ejercido, no sólo en el ámbito filosófico, sino también en la teología y aun en la ciencia, a todo lo largo de la actual centuria (piénsese, por ejemplo, en la influencia que Blondel ejerció sobre el pensamiento de Teilhard de Chardin).

Las páginas que hoy publicamos podrían considerarse, algo así como una **introducción aperitiva**, a una obra, mucho más considerable, que pensamos — con el favor de Dios— publicar, en los próximos meses, con el título de “Antología Blondeliana”.

Esta última obra —enfocada, a la vez, desde la perspectiva filosófica y pedagógica— comprenderá tres partes, que corresponden, a su vez, a las tres divisiones de la gran “Trilogía” blondeliana. Esas publicaciones serán, pues: “Por una Educación integral de la Inteligencia”; “Por una Educación integral de la Voluntad y la Libertad humanas”, y “Por

* Profesor Emérito de la Universidad de La Salle.

una Cosmovisión integral —visión filosófica del mundo, del hombre y de Dios”.

No solo la elección de los textos, sino también su ordenamiento y estructuración, así como la traducción española —en toda su integridad— son obra exclusivamente personal mía. La traducción ha merecido una atención y un cuidado especialísimos; no sólo para no dejar debilitar ningún pensamiento, ninguna idea del gran filósofo, sino, además, para obtener el máximo de claridad y hacer así más accesible, el difícil y profundo pensamiento blondeliano, a los lectores de habla hispana. El recuerdo de que algunos de mis lectores no han hecho, posiblemente, estudios especiales de latín o de griego, fue también el que me movió a dar siempre —entre paréntesis— la traducción española de los textos o expresiones en dichas lenguas.

De todas maneras, para cualquier desarrollo de los temas que presentamos en esta Introducción, nos remitimos a la obra, mucho más amplia, que ha de seguirla.

En todo caso, abrigamos la profunda convicción de que estas páginas constituyen ya un valiosísimo material, para la reflexión de todos los educadores de habla hispana que —a todo nivel— han querido hacer de la formación integral de las nuevas generaciones, la preocupación capital de su vida.

El deseo, pues, de estudiar algunos aspectos, algunas repercusiones pedagógicas del pensamiento del gran filósofo católico del siglo XX, Maurice Blondel (1861-1949) fue la causa inspiradora de este trabajo. Luego, a medida que el contacto, el estudio, la familiaridad, por decirlo así, aumentaba con el gran **Filósofo de la Acción**, se imponía la conclusión de que, aun cuando Blondel no se hubiera propuesto nunca escribir una **Filosofía de la Educación** —como lo hizo, por ejemplo, Jacques Maritain—, su obra filosófica —sobre todo su “Trilogía”— rigurosamente hablando, era una verdadera Filosofía de la Educación.

Sería poco, en efecto, decir que Blondel es el **Filósofo de la Acción**. Su tesis de doctorado, publicada en 1893, no era más que un punto de partida, en que se había propuesto estudiar el problema de “el ejercicio de la acción humana”. Pero, muy pronto se dio cuenta de que ese estudio exigía, como complemento, una **teoría de la acción**. Es decir, una justificación racional de esa actividad de las causas segundas —y sobre todo de los agentes humanos— por un estudio de la “fuente original de toda acción de las creaturas”. Un estudio, por tanto, de aquel **Puro Obrar de Dios** (“Pur Agir”), libre y perfecto, exento de toda contaminación de pasividad, de toda limitación y de toda dependencia, y capaz, sin embargo, de una intervención caritativa, para hacer acceder a las creaturas, a una participación real y vital, en su libre y perfecto obrar.

Reestructuración de la Filosofía

Pero, en filosofía, no se trata nunca de estudiar aisladamente un

problema —por más esencial y vital que sea—, sino que hay que incorporarlo al conjunto. Y esa incorporación tampoco se hace por una simple yuxtaposición exterior; sino que requiere una refundición del todo, si se quiere que los nuevos aportes no permanezcan como algo exterior, postizo e inasimilable. Eso es, precisamente, lo que supo entender Blondel. Por eso para incorporar definitivamente, su profundo estudio de la acción, en el edificio filosófico, no vaciló en emprender una obra realmente colosal: la de tomar en sus manos las diferentes partes de la filosofía, para refundirlas, ampliarlas, estructurarlas y ligarlas más fuertemente entre sí.

Fue así como la **Lógica Formal** vio dilatarse y hacerse más flexibles sus cuadros, con una **Lógica de la Vida Moral**; en la cual, en vez de las rígidas oposiciones y exclusiones del **sí** y del **no**, se introdujeron los cuadros de la **posesión** y de la **privación**. Aquí, lo que es rechazado o reprimido, no por eso es excluido o suprimido. Lo cual permite, además, una explicación más racional del error, de la culpa y de las sanciones morales.

La **Metafísica** —demasiado exclusivamente conceptual hasta entonces— se vio invitada a un estudio más **familiar**, si puede decirse, y más comprensivo, de la realidad concreta. Esto es lo que le permitiría conocer más íntimamente a los seres, en su función esencial e insustituible; comprender mejor la solidaridad inevitable que los une a todos, y descubrir la **norma** íntima que los gobierna, que los juzga, y que establece en el universo esa armonía y esa jerarquía, que hace de todos los seres creados una unidad, no inmanente y suficiente, sino requeriente y dependiente, con relación a su Causa Primera y Final: “omnia intendunt assimilari Deo” (todas las cosas tienden a asemejarse a Dios), repite Blondel, casi como un “leit-motiv”.

La **Ciencia del Pensamiento** no podía tampoco restringirse a una simple **Teoría del Conocimiento**. Se necesitaba un estudio orgánico; y en vez de tomar como punto de partida, una definición “a priori”, se trataba de hallar una definición “per generationem” (genética). Una definición que permitiera asistir a la preparación y —por decirlo así— al nacimiento mismo de ese pensamiento; descubrir todas sus conexiones cósmicas y orgánicas, y captar el dinamismo secreto que lo mueve, casi irresistiblemente, más allá de la ciencia de los fenómenos, más allá de los cuadros espaciales y temporales, en busca de una verdad completa, que nos sacie plenamente, hasta llegar a la unión con un vivo y perfecto Pensar.

En esa **Filosofía Integral** sí podía ya integrarse perfectamente una **Ciencia de la Acción Humana**. Una ciencia de la acción que no fuera simplemente una colección de máximas y preceptos, sino el estudio del desarrollo progresivo de un don de naturaleza, de un **préstamo divino** —que había que hacer producir—, de una **voluntad queriente** (“volonté voulante”) que, libremente, a través de una vida humana, cargada de repercusiones y de responsabilidades más que humanas, se esfuerza por unir-

se al único Bien Perfecto; al único que sacia sus aspiraciones infinitas, y que se ofrece a su libre elección, encarnado en mil objetos, aparentemente insignificantes y transitorios.

Cuarenta años de reflexión y maduración de su pensamiento, permitieron a Maurice Blondel realizar la empresa, y encarnar su gigantesco proyecto, en los cinco volúmenes de la **Trilogía**: los dos volúmenes sobre **El Pensamiento** ("La Pensée"), que aparecieron en 1934; **El Ser y los seres** ("L'Être et les êtres"), en octubre de 1935; y los dos volúmenes sobre **La Acción** ("L'Action"), el primero en octubre de 1936 y el segundo en octubre de 1937.

Los grandes temas de una Filosofía de la Educación

Esa **Trilogía** no era solamente una **Filosofía Integral y Concreta**, en el mejor sentido de la palabra. Precisamente porque era plenamente eso, era también, al mismo tiempo —ya lo dijimos, y esperamos que aparezca con toda claridad en este trabajo— una verdadera y muy profunda **Filosofía de la Educación**:

- **Una adecuada concepción del hombre**, no considerado aisladamente, sino en su inserción en el universo, y en todas sus conexiones con el mundo de la materia y del espíritu. Una noción exacta de su estrecha e ineluctable solidaridad, a través del espacio y el tiempo, con las otras personas, gracias a las cuales y para las cuales solamente, puede existir y realizarse en plenitud; en una universal y perfecta comunión, bajo la dependencia o —mejor aún— en el seno de la Omnipotente, Sapientísima y Amabilísima Caridad divina.

- **Una adecuada concepción de la inteligencia humana**, de sus orígenes y desarrollo; de todas sus conexiones y de todas sus posibilidades; pero también, de todos sus deberes y responsabilidades.

- **Una adecuada concepción de la Ciencia**, sobre todo de la "**Ciencia Positiva**", que obsesiona a tantos hombres y a tantos pueblos contemporáneos. Una idea exacta de sus funciones y de sus posibilidades; pero también de sus límites y de sus fallas; a fin de que no sea o de que no siga siendo, en adelante, el ídolo, al cual se le sacrifica todo, incluso el hombre mismo. Que no sea, pues, un medio de manipulación y destrucción; sino el trampolín, para las conquistas y el desarrollo del espíritu; para la realización de aquel ideal de unión y de paz, que anhelamos, en la plena expansión de la vida y los valores espirituales.

- **Una justa concepción de la voluntad y la libertad humanas**: con todo lo que realmente suponen de pasividades y dependencias. En toda la extensión de sus posibilidades y de su desarrollo jerarquizado, en círculos crecientes; con toda su solidaridad y sus conexiones necesarias, con otras voluntades y otras libertades; con todo su dinamismo y sus aspiraciones insaciables. Pero, sobre todo, con sus responsabilidades, por decirlo así, casi infinitas: ante la alternativa, de encerrarse en una inmanencia y organizar —para ellas solas— un mundo sin Dios; o bien, de

abrirse a las imperiosas solicitaciones de una trascendencia, devolver a Dios, el préstamo recibido, y elevarse así —elevando al mismo tiempo con ellas, a todos los seres inferiores asociados, gracias a la elección inteligente y libre de la creatura racional— a un sublime y divino destino.

•Una defensa contra los ideales falaces, las felicidades baratas y los paraísos a ras de tierra; contra el ensayismo irresponsable y la mentirosa ilusión del aniquilamiento. La fijación de un ideal, propiamente moral, para la acción humana; habida cuenta de todas las condiciones orgánicas, intelectuales, morales; de las disposiciones religiosas y de todas las aspiraciones, aun las más espirituales, de la conciencia humana.

•Y finalmente: la apertura —a título de hipótesis filosófica, razonable y verosímil— hacia un acabamiento posible de la voluntad, de la libertad y del pensamiento humanos; por un don enteramente gratuito, imposible de exigir o de verificar naturalmente; fundado exclusivamente en la omnipotente y bondadosa Caridad divina.

¿Podría, acaso, aun la Ciencia más exigente de la Educación, concebir y esperar un servicio mejor, de la filosofía más integral y más racionalmente desarrollada?

Todo eso está presentado en la **Trilogía blondeliana**, con una coherencia tan total, con una fuerza de argumentación y un vigor de razonamiento tan persuasivos, con tal riqueza de metáforas, que no hemos vacilado en dejar, permanentemente, al lector, en **contacto directo con el texto mismo del filósofo**.

La inevitable dificultad

Y sin embargo —había que reconocerlo— la **Trilogía blondeliana** no es fácil: es la obra de un filósofo, llegado a la mayor madurez de su pensamiento —Blondel había pasado ya los setenta años, cuando la compuso—; y de un filósofo, que escribe para filósofos, para discutir con ellos, de los problemas más complejos y esenciales de la filosofía.

Nota: Blondel vivió ochenta y nueve años, y conservó su lucidez hasta el final. Cuatro días antes de su muerte, dictaba todavía un Prefacio, para uno de sus libros. Por eso, Henry Duméry pudo escribir, hablando del gran filósofo: “Habrá que aceptar, sin duda, que hay pocos ejemplos, en la historia de las ideas, de una longevidad de espíritu tan fecunda. Conservándose asombrosamente activo y lúcido, a la edad misma en que murió Platón, Maurice Blondel continúa, hasta el extremo límite de sus fuerzas, entregándonos su mensaje” (*La Philosophie de l'Action* - Aubier, 1948, pág. 177).

El propio Blondel reconoce fácilmente ese **carácter difícil de su filosofía**, y aun lo explica en diferentes oportunidades. Así, en el Tomo II de **El Pensamiento** (“*La Pensée*”), nos dice: “La dificultad especulativa, unida a complejidades morales, consiste en mantener en equilibrio móvil todas las verdades complementarias, sin chocarlas, sobre un plano único, en que parecerían cerrarse el camino unas a otras. Porque esas verdades se despliegan, por decirlo así, en un espacio de múltiples dimen-

siones; sin que ninguna de ellas deba ser sacrificada, ni omitida, ni desviada de su convergencia hacia el infinito. Esa “composibilidad real”, como diría Leibniz, es precisamente la prueba misma de su inteligibilidad y de su excelencia.

Fácilmente podrían creer algunos, volver las cosas más claras, más bellas, más satisfactorias, eliminando todos los aspectos que nos molestan y los datos reales que nos chocan. Pocos son los sistemas que evitan el sucumbir a esa tentación; por eso apartan nuestra mirada de todo lo que no entra en sus cuadros, parcialmente abstractos. Contra ese modo de pensar, que Hume llamaba **la filosofía fácil**, y que, si bien parece rápida en sus principios, no conduce, a la postres, sino a impasses o a infinitas dificultades, hemos procurado constantemente precavernos, para lo cual tenemos que usar nuestro pensamiento, no para arreglarnos un universo a nuestra conveniencia, sino para someternos a lo que podemos llamar, la integralidad de los dones recibidos, de las obligaciones que de ello resultan, y de las responsabilidades que constituyen nuestro ser espiritual” (P. II, pág. 366).

Ahora bien, las personas a las cuales nos dirigimos aquí, han recibido, ciertamente, una buena iniciación filosófica — esa iniciación se supone, a todo lo largo de nuestro trabajo—; pero no por eso son filósofos. Se necesita, por tanto, sin dejar perder ninguna idea esencial, sin romper la cadena rigurosa del razonamiento, sin traicionar el pensamiento profundo, ni aminorar el formidable poder de persuasión: ahorrarles a los lectores, los aspectos demasiado técnicos, las discusiones demasiado sutiles —en que Blondel sigue a los filósofos, hasta esas profundidades en que la luz se hace ya enteramente tenue.

Y eso es, precisamente, lo que hemos procurado realizar: ligando y estructurando las partes, escogiendo los títulos y subtítulos; de tal modo que se entendieran mejor las extraordinarias repercusiones pedagógicas de la Filosofía blondeliana, y la multiplicidad de aspectos del vasto campo de la educación, que aparecen extraordinariamente iluminados por las miras e intuiciones del gran filósofo.